

quilla hacia mi humilde persona. Esas pruebas se hicieron palpables en algunos momentos de mi vida en que hube de pasar por trances difíciles que fueron no poco remediados con palabras harto elocuentes e inmerecidas en mi favor.

Ya que no me es dado tomar parte en alguna siquiera de las muchas manifestaciones oficiales y privadas con que se honra hoy en toda la nación al maestro querido, tengo que limitarme con expresar a V. S. y a todos los suyos, por medio de la presente carta, mi sentimiento de veneración y de gratitud indelebles hacia aquel que fue progenitor de V. S., no menos que modelo acabado de la amistad cristiana, del cariño acendrado y del celo por cuanto se refiere a los intereses de Dios, de la Iglesia y de la Patria.

Que la cara memoria del señor Carrasquilla sea siempre espejo de virtudes para cuantos le hemos sobrevivido y sea para V. S. estímulo que le ayude a continuar en sus tareas en favor de la juventud y de la causa de la Iglesia; tales son los votos de quien, en el ocaso de la vida, conserva vivo el recuerdo de un maestro y de un amigo inolvidable.

Con tales sentimientos me repito de V. S. afectísimo amigo,

✠ BERNARDO
Arzobispo de Bogotá.

De Monseñor Carrasquilla al señor Arzobispo Herrera

Bogotá, agosto 23 de 1927.

Ilustrísimo señor doctor Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá.

Ilustrísimo señor:

La carta que V. S. I. se dignó escribirme con motivo del centenario de mi padre me ha causado la más viva

emoción. El testimonio de V. S. I. es el mayor homenaje que se ha tributado al humilde institutor católico cuya pasión dominante fue el celo por la gloria de Dios.

La deuda de gratitud contraída por V. S. I. a favor del maestro que fortificó en su alma la fe aprendida de los labios maternos quedó pagada con usura cuando V. S. I. facilitó al hijo mayor de don Ricardo Carrasquilla entrar gratuitamente al Seminario, y cuando le enseñó, más con ejemplos que con palabras, lo que debe ser un sacerdote. Si el discípulo no aprendió la lección no fue ciertamente por culpa del maestro.

Mi padre profesaba a V. S. I. el más sincero cariño, mezclado de admiración y respeto. Recuerdo cómo se indignó por los ataques injustos dirigidos contra V. S. I. y contra el santo arzobispo señor Arbeláez. Este egregio prelado le dijo un día a mi padre en presencia mía, estas palabras: «Don Ricardo, usted es uno de los pocos laicos católicos militantes de quienes nunca he tenido motivo de queja y siempre motivo de gratitud». V. S. I. ha vuelto espontáneamente por mí en varias ocasiones dolorosas de mi vida.

Pido sin cesar a Dios que colme a V. S. I. de consue-
los, le devuelva la salud y nos le conserve largos años para bien de la Iglesia y especialmente de los sacerdotes.

Con sentimientos de veneración y gratitud, me honro al suscribirme de V. S. I. adicto y obediente servidor, q.
b. s. m.,

R. M. CARRASQUILLA

